

# ENCADENADOS A UN SOLO LENGUAJE

POR J. Á. GONZÁLEZ SAINZ

«Si decimos “actividad”, “incidente” o “figura” en lugar de crimen, delito o asesinato, nos hemos pasado a otro lenguaje y es ahí, en ese paso y ese ámbito, donde el nacionalismo ha ganado y sigue ganando sus batallas antes que en ningún otro. Han triunfado con un discurso cuyas “inexactitudes”, no sólo no han sido óbice para su avance sino una de sus mayores bazas»

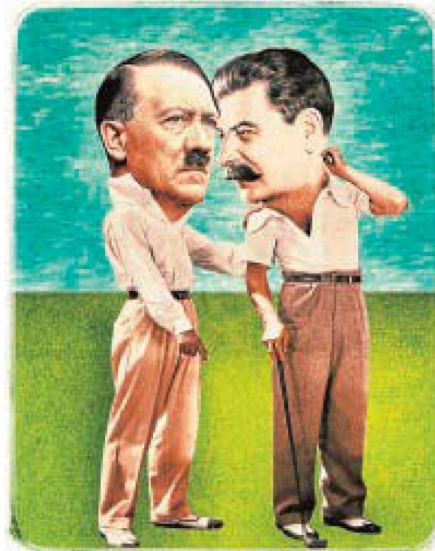
**T**ODA catástrofe política empieza siempre por una catástrofe lingüística. De la misma forma que toda creación tiene su comienzo en el verbo, todo derrumbe presupone también un derrumbe lingüístico. Sin derrumbe previo de lenguaje, mal puede seguir nada luego desmoronándose. Nada social, se entiende. Sin creación de lenguaje, difícil lo tiene asimismo una creación. Las cosas sociales se crean y se destruyen empezando por el lenguaje y cualquier operación de derribo político implica una operación anterior de derribo lingüístico.

Catástrofe quiere decir desastre, destrucción, y asimismo «trastorno moral grave» y «cosa muy mal hecha». Toda «cosa muy mal hecha» socialmente, por tanto, empieza siendo cosa muy mal hecha lingüísticamente, y todo «trastorno moral grave» social, un trastorno lingüístico. Añade Moliner en la voz catástrofe: «suceso en que hay gran destrucción y muchas desgracias, como en un accidente ferroviario grave».

Es fenómeno conocido que los políticos, no sólo de este catastrófico país, hacen un uso desmedido y fermentado de metáforas. Lo mismo que hay quien sale por peteneras, los políticos salen por metáforas: es su cante popular. Con ellas describen, analizan, prometen o hacen balance. También amenazan. La amenaza de los nacionalistas catalanes, como no podía ser menos, nos llega con una metáfora, la del choque de trenes. Si no nos dan lo que queremos los nacionalistas, que es la traducción del uso metafórico que ellos hacen del «diálogo», se producirá un «choque de trenes», un «accidente ferroviario grave», como en el ejemplo de Moliner, un suceso en que habrá «gran destrucción y muchas desgracias».

«Se producirá», «habrá»: como si se tratase de un desastre natural y no de un trastorno provocado, como si, en el caso de producirse, no fuere debido a que, por seguir en la metáfora, un tren iba contumazmente en sentido contrario al hasta ahora. El desastre natural exime de toda responsabilidad; el provocado no. ¿Pero cómo hemos podido llegar hasta aquí?, nos preguntamos al llegar a unas alturas de vértigo; ¿cómo hemos llegado a que nos amenacen con «gran destrucción y muchas desgracias»? Vargas Llosa se lo preguntaba recientemente recordando sus años barceloneses. A comienzos de los setenta, cuando vivió en Barcelona, había nacionalistas catalanes, cómo no, pero uno podía pasar allí cinco años sin conocer a ninguno. ¿Cómo una minoría tan pequeña ha llegado a tanto?, se interrogaba.

Todo empieza siempre por unos pocos, y todo empieza por el lenguaje. Porque esas «inexactitudes, fantasías, mitos, mentiras y demagogías» con



JAVIER MUÑOZ

que Vargas describe al nacionalismo catalán son, en primer lugar, lenguaje, creación de lenguaje. Goebbels lo supo bien y fabricó lingüísticamente a Hitler y a su movimiento. Al igual que los nacionalistas catalanes, los falangistas fueron en su origen un puñado con un nuevo lenguaje vibrante y, de los nacionalsocialistas alemanes, cuánta gente no recordaría después, echándose las manos a la cabeza, que no eran más que un «pequeño club irrisorio que nadie tomaba en serio».

No sé si Vargas estaría aún en Barcelona cuando las manifestaciones en que se coreaba «Liberdad, amnistía, estatut de autonomía». Lo escribo así, en parte en español y en parte en catalán, porque era lo que mayormente se gritaba. O, más bien, lo que decíamos muchos eran cosas como «libertad, amnistía y una tía (o un tío) cada día». Éramos así de chulos. Y así nos ha ido. Lo del estatuto nos traía al paio a los manifestantes del montón, para quienes los nacionalistas no eran más que un club irrisorio y retrógrado. Pero les hicimos eco con nuestras gracias, el caldo gordo, como luego ha seguido haciendo la izquierda desde entonces «cavando su propia tumba y minando la democracia», como bien dice ahora Cercas. Por cierto, cabría preguntarse por qué, en el lema de aquellas manifestaciones, no figuraba, como parecería lógico y necesario en aquellas fechas, la palabra democracia.

Pues bien, en esos primeros setenta, Jean Pie-

rre Faye publicó un extraordinario volumen sobre los lenguajes totalitarios traducido en seguida al español. Como su extraordinariedad no atañía sólo al contenido sino a su tamaño, mil páginas grandotas, el libro pasó desapercibido y pronto se retiró del mercado. Una lástima, porque sus análisis del lenguaje hitleriano suministran claves, con las distancias que hacen al caso, para nuestras cuestiones. Una de ellas consiste en que el nacionalsocialismo no sólo utilizaba un determinado lenguaje, sino que conseguía hacer hablar a los demás con sus palabras, inducirlos en los otros.

**D**esde «Estado español» en lugar de España o esos adjetivos que le ganan la plana al sustantivo, como en «lengua propia» o «discriminación positiva», hasta el reciente «derecho a decidir», sintagma chusco en una democracia donde se decide continuamente según las reglas que la hacen ser tal, los nacionalismos realmente existentes en nuestro país han ido imponiendo su verbo. Con su martilleo continuo y la generación de un eco, han inoculado en los demás, sin mayor oposición ni reserva, vocablos y sintagmas, ortografías y conceptos por zarrapastrosos y zopencos que sean. Hasta la Audiencia nacional, véase la sentencia del caso Faisán, habla su lenguaje: el soplo a la red de extorsión de ETA, dice, no pretendió «entorpecer el proceso en marcha para lograr el cese de la actividad de ETA». «Proceso» y «actividad» son, así utilizadas, palabras de ese lenguaje, de su práctica de sustitución por sustantivos abstractos de cosas y hechos de evidente concreción. La «actividad» de ETA son sus crímenes, y el «proceso» es como llaman al conjunto de prácticas sustitutivas de las propias de la democracia. La «trascendencia del incidente», llamaba, como vio Santiago González, un editorial que comentaba esa sentencia a «las consecuencias del delito». «Figuras», «siluetas», mandaban quemar las SS en los campos de Polonia.

Si decimos «actividad», «incidente» o «figura» en lugar de crimen, delito o asesinato, nos hemos pasado a otro lenguaje y es ahí, en ese paso y ese ámbito, donde el nacionalismo ha ganado y sigue ganando sus batallas antes que en ningún otro. Han triunfado con un discurso cuyas «inexactitudes, fantasías, mitos, mentiras y demagogías» no sólo no han sido óbice para su avance sino una de sus mayores bazas. Porque quizá no baste constatar que «la distancia entre el discurso y la realidad se ha hecho abismal», como dice Gregorio Morán en su «La decadencia de Cataluña», pues a ese abismo y a ese discurso están encadenados hoy no sólo los nacionalistas. La realidad es también producto del lenguaje, y nada dice pues contra ella el hecho de que no haya existido jamás. Hasta que la catástrofe con que nos amenaza su usurpación por el relato nacionalista no nos estampe su estafa con «gran destrucción y muchas desgracias» para todos.

J. Á. GONZÁLEZ SAINZ ES ESCRITOR